

de San Pedro y San Pablo, imitación de los tapices (*arazzi*) de Rafael, de sus estatuas colosales, de sus mosaicos y de sus monumentos de todo género: desde ahora un nuevo y más vivo interés histórico y religioso irá para siempre unido á esta parte de la Basílica: es el aula del Concilio Vaticano. En el fondo está el trono pontificio; enfrente el altar; las imágenes de Jesucristo, que aparece entre las nubes, y de la Virgen rodeada de ángeles, presiden la santa Asamblea, el trono pontificio; un cuadro representa la venida del Espíritu Santo; á los lados otros dos recuerdan los concilios de Efeso y Trento: una serie de medallones dorados en la cornisa ofrece los retratos de veinte y dos Papas, que han abierto ó cerrado concilios ecuménicos á contar desde San Pedro, que presidió el de Jerusalem hasta Pío IV, que cerró el Tridentino: cuatro estatuas, de San Ambrosio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo y San Agustín dominan en los nichos superiores de las interpilastros: las inscripciones latinas, que se leen al pié, recuerdan la sabiduría y santidad de aquellos grandes doctores, padres de la ciencia teológica, y aún de toda sabiduría en los primeros siglos de la Iglesia y de la civilización. Á los lados del trono pontificio están los bancos de los cardenales, y junto á ellos los de los patriarcas; en el gran hemicíclo tienen asiento, según su jerarquía respectiva, los prelados que forman el sínodo ecuménico; en el fondo del salón y detrás de los bancos de los cardenales hay tribunas destinadas á las altas clases sociales en la solemnidad de las sesiones públicas. Dificilmente pudiera haberse escogido en Roma, con ser tantos los edificios monumentales, aula más espléndida ni bañada por luz más hermosa que esta del templo Vaticano, donde todo el lujo de las bellas artes y la mole imponente de los pilares y de la cúpula levantada por Buonarroti, parece que contribuyen á la majestad, muchas veces augusta, del Concilio general.

Junto al segundo de los enormes pilares de la cúpula, bajo el arco de continuación, hay un precioso monumento escultural, que reclama la mirada y la admiración del viajero; el sepulcro de Clemente XIII (*Rezzonico*) es una de las obras

maestras de Canova, una de las joyas artísticas de los tiempos modernos. Canova representa una especie de resurrección del clasicismo italiano: la escuela de Bernini desnaturalizada por los culteranos de la estatuaria toca á su término: y en el último tercio del siglo pasado y en los veinte primeros años del presente, el escultor veneciano, á quien toda Europa rinde tributo de aplauso, restaura las buenas tradiciones artísticas y reproduce la belleza ideal, la belleza de todos los tiempos, que no está sujeta á los influjos de la moda. Canova debe ser estudiado tanto como en Roma, en Viena, ante el mausoleo de la archiduquesa María Cristina y ante el grupo colosal de Teseo vencedor del Minotauro: los Museos de Florencia y el Louvre poseen muestras preciosas de su genio: pasan de cincuenta las estatuas que esculpió, y además doce ó trece grupos y catorce cenotafios y monumentos y figuras colosales y bustos y bajo-relieves, que hacen subir á ciento setenta y seis el número de sus obras acabadas. Las de Roma son muchas é importantes. El sepulcro de Clemente XIII reúne á un tono admirable de grandiosidad en el conjunto, una singular delicadeza de detalles. Canova, que en otras obras merece acaso una parte de las censuras que le han dirigido críticos adustos, por la excesiva morbidez de sus figuras, por la propensión á cierta suavidad nimia y elegante, en este mausoleo recoge, digámoslo así, todas sus fuerzas y toda su energía artística para ofrecer la gran figura arrodillada del Papa Rezzonico, y para imprimir, sobre todo en los dos leones que guardan la sepultura, un carácter tan positivo y tan bello de fortaleza y de dolor, que si ha de hallarse algo parecido hay que llegar hasta el autor del *Moisés*, ó subir más todavía y penetrar en las edades de oro de la escultura. Enfrente al magnífico sepulcro de Clemente XIII, que supone ocho años de constante trabajo, entre los treinta y los treinta y ocho de la edad de Canova (nació en 1747) se ve sobre el altar, que se apoya en el segundo gran pilar de la cúpula, el mosaico de la *Navecilla*, copia de un cuadro de Lanfranc, y más adelante, á la derecha, está en mosaico también la obra maestra de Guido Reni, el San Miguel, cuyo original admiraremos en la iglesia de los Capuchinos junto al Quirinal:

un poco más allá, tocando en el término de la nave y como presidiendo sus maravillas, aparece el más hermoso, sin duda, de los mosaicos de la Basílica: la Santa Petronila de Guercino, cuyo original es una de las perlas del museo Capitolino. Allí lo examinaremos. En el lado del pilar, que mira á la tribuna de la Cátedra, hay otro gran mosaico que figura el milagro de la resurreccion de Tabita por San Pedro; el original por Costanzi está en la iglesia de la Cartuja. Enfrente se alza, más grandioso que bello, el sepulcro de Clemente X (*Altieri*), obra de los escultores Rossi, Ferrata, Mazzoli y Marcelli, que forman, como si dijéramos, aquella cola de Bernini, que en buen hora, segun la frase de un viajero humorista, vino á cortar el clásico Canova. La cúpula, una de las cuatro menores que en esta altura de la nave forma correspondencia con la de la capilla Gregoriana, contiene grandes labores en mosaico y muchos medallones dorados: y en triángulos y en lunetas tanta profusion de adornos y de lujo, que el primor arquitectónico de Miguel Ángel aparece materialmente abrumado con el peso de los mosaicistas y estuquistas de la escuela de Bernini y de Algardi.

Y llegamos á la tribuna occidental ó de la Cátedra; dos escaleras de pórfido dan acceso á este magnífico recinto, ábside de la Basílica. En el fondo está la Sede Apostólica, que ha sido ya objeto de nuestra reverente admiracion: á los lados ofrece la escultura moderna dos de sus obras capitales: las tumbas de Paulo III (*Farnese*) y de Urbano VIII (*Barberini*) son dos muestras, dos estilos, dos escuelas: la primera tiene impreso el sello de la inspiracion de Miguel Ángel; la segunda resume las cualidades que brillaron en Bernini; pocas veces podrán verse tan cerca ni tan patentes el genio y el talento: el genio resplandece en la figura de la Justicia sobre la tumba de Paulo III; el talento se descubre, sin dificultad, en las dos mujeres alegóricas, sobre la tumba de Urbano VIII: á los dos lados de la estatua de bronce, en el primero [de estos monumentos, dibujado por Miguel Ángel y ejecutado por Guillermo della Porta, hay algo de los cuadros de Rafael: en el segundo hay mucho de los cuadros de Rubens. Lo bello ideal y lo bello convencional se encuentran en el ábside de San Pedro en dos

obras de escultura, separadas por el espacio de unos pocos metros y por la distancia de un siglo. La estatua-retrato del Papa Urbano VIII llamó tanto la atencion por el parecido, que un poeta purpurado le consagró este epigrama:

*Bernin si vivo il grande Urbano a finto  
E si ne'duri bronci è l'alma impressa,  
Che per toglia fe, la Morte stessa,  
Stà sul sepolcro à dimostrarlo stinto.*

Levantando la mirada desde los piés del altar de la Santa Cátedra, halla el observador una bóveda majestuosa cubierta de estucos y adornos dorados de la mayor riqueza, si no del mayor gusto, con bajo-relieves como el de la entrega de las llaves á San Pedro, tomado de un tapiz de Rafael, y la crucifixion del santo Apóstol, de un famoso cuadro de Guido, y la degollacion de San Pablo, copia de Algardi: dirigiendo la mirada á los resplandecientes muros laterales, ve escritos los nombres de los prelados de la cristiandad que en 1854 asistieron á la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion; lanzándola, en fin, á lo largo del templo, puede admirar el efecto del baldaquino de Bernini, sobre la Confesion de San Pedro, y el de las estatuas colosales de la nave central, en cuyo término aparecen como pequeñas conchas, las dos pilas de agua bendita sostenidas por ángeles de dos metros de altura. La cúpula de Miguel Ángel, mirada á cierta luz desde esta extremidad, produce tambien un efecto indescriptible: sus diez y seis compartimentos llenos de estucos dorados y de cuadros en mosaico; los nichos superiores con sus balcones y sus columnas torcidas de mármol blanco; la inscripcion del friso *Tu es Petrus et super hanc petram*, compuesta en mosaico sobre fondo de oro con letras azules de casi dos metros de altura; todo contribuye á producir en el alma una impresion, que no puede ya compararse con la recibida en la puerta de entrada al primer golpe de vista; y sin embargo, todavía hay mucho que ver y que admirar. Prosigamos en direccion inversa la visita de la nave meridional.

Junto al gran arco, que corresponde á la tribuna de la Cáte-

dra, está el sepulcro de Alejandro VIII (*Ottoboni*): la estatua sedente del Pontífice es de bronce, y de mármol las dos laterales, que representan la Religión y la Prudencia, el bajo-relieve, muy alabado en la época en que se ejecutó, figura el acto solemne de la canonización de algunos santos, celebrado en 1690 por aquel Pontífice: la escultura pertenece á de Rossi y el estilo á los tiempos en que Miguel Ángel se alejaba y Canova no venía.

Enfrente del sepulcro, sobre el altar que se apoya en la pilastra de la cúpula, hay un mosaico que representa á los santos Pedro y Juan curando al paralítico de la *Porta speciosa* de Jerusalem; un poco más léjos, á la izquierda, se ven dos altares dignos de especial atención: el uno contiene el cuerpo del Papa San Leon Magno, y en el frontal presenta el bajo-relieve quizá más estimable de la escultura moderna: Algardi supo escribir en el mármol el canto de una epopeya: la aparición del santo Pontífice ante Atila y sus huestes, la salvación de Roma por obra de la palabra y de la virtud: al pié de este altar quiso ser enterrado el Papa Leon XII, que para sí propio compuso este epitafio:

LEONI MAGNO PATRONO CÆLESTI  
ME SUPPLEX COMMENDANS  
HEIC APUD SACROS EJUS CINERES  
LOCUM SEPULTURE ELEGI  
LEO XII HUMILIS CLIENS  
HEREDUM TANTI NOMINIS MINIMUS.

En el altar inmediato, consagrado á la Virgen bajo la advocación de *la Columna*, porque la Madre del Salvador está pintada sobre una columna de mármol de las que adornaban la Basílica antigua, se conservan los cuerpos de los pontífices santos Leon II, III y IV. La cúpula, que cubre esta extremidad de la nave, es otra de las cuatro menores, adornada también con estucos y labores recargadas de oro y con mosaicos alusivos á los misterios de la Virgen.

¿Qué monumento sepulcral es éste ante el cual se detienen con preferencia los viajeros que recorren las naves de la Basí-

lica? Es la tumba de Alejandro VII (*Chigi*), una de las últimas y más pomposas obras de Bernini: lo bizarro y lo rebuscado llegan á su término: aquí no se ve ya un cuadro de Rubens en piedra, sino la canción de Góngora más conceptuosa y enrevesada: el mausoleo de Alejandro VII es una especie de montaña de mármol, donde se ven cuatro estatuas alegóricas, la Justicia, la Prudencia, la Caridad y la Verdad, y la arrodillada del Pontífice que ora, y la figura horrible de la Muerte, en metal dorado, que en una mano lleva el reloj de arena, símbolo del tiempo que pasó, y con la otra levanta el inmenso paño de mármol amarillo que cubre las oscuras regiones del sueño eterno. No puede concebirse combinación más vistosa de lo grande y atrevido y de lo rico y extravagante; así se explica el atractivo que este sepulcro tiene para las gentes poco acostumbradas á saborear las verdaderas bellezas del arte. Bajo la mole colosal del monumento se abre una puerta que da á la plaza de Santa Marta; parece como que la puerta misma forma parte del mausoleo y contribuye á imprimirle más y más el carácter de un palacio de la muerte.

Por lo escasas que son en San Pedro las obras del pincel, merece recordarse el cuadro pintado por Vanni, que representa la caída de Simon Mago, y que está sobre el altar de los santos apóstoles Pedro y Pablo enfrente al sepulcro de Alejandro VII.

A la gran tribuna del Norte (aula conciliar) que ántes hemos descrito, corresponde, al opuesto lado, formando el brazo izquierdo de la cruz griega, otra gran tribuna, de idénticas dimensiones y con adornos de mosaicos y estucos igualmente espléndidos, y áun pudiera decirse igualmente recargados: los cuadros, que en la bóveda figuran asuntos del Nuevo Testamento, son imitación de los dibujos de Rafael en los tapices. Los tres altares de este hermoso recinto guardan memorias muy venerables de Santos y de Pontífices, y ofrecen obras de arte de maestros renombrados. Sobre el de enmedio, que contiene los cuerpos de los apóstoles San Simon y Júdas, está *la Crucifixión* de San Pedro, una de las más notables composiciones de Guido Reni, en el estilo fogoso y atrevido de Caravaggio. Al pié de

este altar, bajo una humilde losa, está enterrado el Homero de la música antigua, el gran compositor Palestrina; su epitafio no puede ser más sencillo ni más sublime: *Joannes Petrus Alexis Palestrina, musicæ princeps*. El autor de la famosísima y siempre nueva misa, que lleva el nombre del Papa Marcelo, pero que fué publicada por empeño y diligencia de nuestro rey D. Felipe II, mereció el honor de dormir el sueño eterno en la Basílica de los Papas, bajo la cúpula de Miguel Ángel. ¡Cuántos recuerdos despierta esta simpática sepultura del dulce artista italiano!

Bajo el altar de la derecha, consagrado á San Francisco, se conservan los restos de San Leon IX, ejemplar y valeroso Pontífice del siglo XI, que al borde mismo de la tumba pronunció su último sermón; encima brilla un gran mosaico, copia del San Francisco en éxtasis de Dominiquino, que puede aún verse en una capilla de la iglesia de la Concepcion de los Capuchinos.

El otro altar de la tribuna que recorreremos, de Santo Tomas apóstol, contiene el cuerpo de San Bonifacio, Pontífice IV de este nombre, que gobernó la Iglesia á principios del siglo VII y consagró el Pantheon de Agrippa al culto del verdadero Dios, para que un día la fiesta de todos los santos se instituyese en el templo donde el paganismo habia dado culto á todos los dioses. El mosaico de este altar es una excelente copia del lienzo de Camucini, que representa el apóstol Santo Tomas tocando con su mano la herida del Salvador. Camucini es un pintor romano de este siglo, que ha restaurado las buenas tradiciones del dibujo italiano; sus pinturas, sin embargo, recuerdan un poco la exageracion decorativa de la escuela boloñesa: en Roma y en otras grandes ciudades de Italia hay multitud de cuadros de Camucini, que ha sido, puede decirse, el artista de fama y de moda en la primera mitad del presente siglo.

El protestantismo suele pasar de largo por esta parte de la Basílica Vaticana: en ella tiene sus símbolos y sus más altos tribunales el sacramento de la Penitencia. Bajo la estatua colosal de Santa Francisca Falconeri, religiosa fundadora en el siglo XIV, está el asiento del cardenal Gran Penitenciario: en

el hemiciclo, que forma la tribuna, se ven distribuidos los confesionarios correspondientes á las lenguas italiana, francesa, flamenca, griega, alemana, española, portuguesa, inglesa, polaca é ilírica: la Basílica Vaticana, la de Letran y la de Santa María la Mayor tienen este signo de universalidad. La Iglesia católica de Roma oye los dolores humanos en todas las lenguas, y en todas las lenguas sabe traducir su generoso espíritu de consuelo y de perdon.

Antes de llegar á la capilla Clementina, y al límite, por tanto, de la obra proyectada por Miguel Ángel, hay en esta nave de la izquierda monumentos de primer orden, que merecen ser examinados. Bajo la gran arcada, en el pilar de la cúpula, adorna el altar de los santos Pedro y Andres el mosaico, copia de un cuadro de Pomerancio (*Roncalli*), la muerte de Ananías y Safira, que está en Santa María de los Ángeles: enfrente, como guardando el ingreso á la sacristía, se alza el sepulcro de Pío VIII, escultura de Tenerani, el ilustre continuador de Canova, gloria del arte en nuestros propios días, para quien puede decirse que han comenzado ya los honores y la justicia de la posteridad: al otro lado del gran pilar brilla en mosaico, radiante de luz y de hermosura, en tamaño cuádruple del original, la *Transfiguracion* de Rafael, la última obra del inmortal pintor de Urbino.

La capilla *Clementina*, que tomó su nombre del papa Clemente VIII (*Aldrobandini*), fué construida en correspondencia, ya que no digamos por rivalidad artística, con la Gregoriana: tiene como ésta su cúpula, en cuyos mosaicos, entre otros adornos, se ven las armas del Papa Clemente, y en los triángulos, cuatro grandes doctores de la Iglesia, los mismos que sostienen la santa Cátedra en el grupo de Bernini: y en las lunetas la visita de Santa Isabel, y los profetas Daniel y Malaquías. El altar de San Gregorio Magno guarda las reliquias de aquel gran Papa, que al espirar el siglo VI lloraba en sus homilias la desolacion de Roma, «abandonada por sus ciudadanos, insultada por sus enemigos, llena de ruinas.» El mosaico reproduce en grandes proporciones el milagro de San Gregorio Magno, cuadro de Andres Sacchi, pintor contemporáneo de

Bernini y de Cortona, uno de los mejores coloristas de la espirante escuela romana: el Santo Pontífice corta á la vista de un príncipe incrédulo cierto purificador tenido como reliquia de mártires, y del blanco lienzo sale sangre, que produce asombro y pavor en los que presencian el prodigio.

Detengámonos un instante á contemplar el sepulcro de Pío VII, y á rendir á un tiempo mismo el tributo de amor y reverencia que se debe al ilustre Pontífice, que da vida y nombre al museo Chiaramonte, y á la Protometeca y á la Pinacoteca y á tantas otras obras, que harán perpétua su memoria, y el homenaje, también de simpatía, al fiel ministro cardenal Consalvi, que á sus expensas hizo erigir este monumento. El escultor Thorwaldsen, émulo más que discípulo de Canova, siguiendo el plan trazado por el Cardenal, esculpió tres figuras colosales, la del Papa, sentado y bendiciendo, y la de dos virtudes cardinales, que en gran manera ennoblecieron su alma: la *Prudencia*, con la cual sacó triunfante la causa de la Iglesia en un período de extraordinaria agitacion y de peligros sin cuento; y la *Fortaleza*, con la cual supo en su largo pontificado de veintitres años vencer los rigores de la más cruda persecucion, y resistir á las exigencias del poder, un dia el más formidable de la tierra. Dos genios, el *Tiempo*, que cambia la faz de las cosas y de los estados, y la *Historia*, que á todos ha de juzgar con fallo inflexible, completan el magnífico grupo marmóreo, donde el escultor dinamarqués lega á Roma, su segunda patria, un testimonio de su talento, bien confirmado en obras como el *Cristo y los Apóstoles* de la catedral de Copenhague, y la estatua ecuestre de Poniatowski en Varsovia, y la de Guttenberg en Maguncia, y los bajo-relieves de Christianburg, que los viajeros y los amantes de las artes colocan al lado de las mejores producciones del cincel moderno, y aún las acercan á las buenas del antiguo.

Otros dos monumentos sepulcrales se hallan debajo del arco de la nave menor: el de Leon XI ejecutado por Algardi, y el de Inocencio XI por Monnot, obras ambas, aunque distintas por el estilo, poco distantes por el mérito, como producidas en época de visible decadencia. Leon XI ocupó tan sólo veinte y

siete dias la Silla de San Pedro: el *sic floruit* de las rosas esculpidas en su sarcófago alude á la brevedad de su Pontificado: no habia, pues, en tan breve espacio hechos que pudieran conmemorarse en el sepulcro; pero en su calidad de Cardenal habia tenido de Clemente VIII la comision bien señalada de recibir la abjuracion del rey Enrique IV de Francia y de Navarra, y este acontecimiento histórico-religioso sirvió al artista para la composicion bien ideada del bajo relieve. A los lados de la estatua sedente del Pontífice vigilan la *Fortaleza* y la *Abundancia*; la tradicion del simbolismo escultural no se pierde con tanta facilidad como el buen gusto, ántes bien parece que se acrecienta á medida que va alejándose la clásica sencillez.

Inocencio XI (*Odescalchi*) fué un gran Pontífice, austero y celoso, que si no contára en su reinado de doce años otro mérito que el de haber mantenido con firmeza heróica las prerogativas de la Santa Sede contra las soberbias pretensiones de Luis XIV, bastárale éste para justificar los elogios que le consagran aún escritores partidarios de las famosas regalías. Su sepulcro fué diseñado por Maratta y esculpido por el artista frances Monnot. La *Religion* y la *Justicia* acompañan la estatua sedente del Pontífice: la exigencia del símbolo está satisfecha, el indispensable cuadro histórico es el bajo-relieve, que expresa la victoria de las armas de Juan III (*Sobieski*) sobre los turcos al pié de las murallas de Viena, libertada de los horrores del cerco, y en conmemoracion de cuyo feliz suceso Inocencio XI instituyó en Roma una fiesta perpétua en la iglesia de la Victoria, que aún ostenta las banderas cogidas en aquella jornada.

Hasta aquí llegaba la fábrica que diseñó Miguel Ángel: comienza la adiccion de Maderno; á esta parte corresponde en primer término la suntuosa capilla del coro de los canónigos, que aún suele llamarse *Sixtina*, porque ocupa el espacio de la que Sixto IV fundó en la Basílica antigua. El cabildo catedral de San Pedro, que en toda la cristiandad sólo cede en preeminencia al de San Juan de Letran, tiene un coro digno de su importancia: no es una catedral gótica como la de Chartres ó Búrgos ó París, pero es un hermoso templo, de unos 20 me-